

TESTIMONIO DE UN AMIGO DISTANTE

José Agustín Balseiro

Aunque desde lejos, permitan los colegas de nuestra Corporación que mi voz no falte entre las de aquel representativo grupo del mundo hispánico que llora la muerte de don Tomás Navarro y que existe consciente de que perdimos a una figura señera cuyo lugar nadie osaría reemplazar.

La segunda vez que fui a España, y la primera que en Madrid estuve para ya quedarme durante algunos años allí, visité el Centro de Estudios Históricos donde conocí al maestro Navarro Tomás. Ibamos dos puertorriqueños. Yo acompañaba, precisamente, a la admirable Amelia Agostini de entonces: la misma ilustre compañera que hoy, en nombre propio y en el de todos nosotros, dice su homenaje a "El hombre" que nos recibió con brazos abiertos y paternal afecto. No pudimos pensar en ocasión tan inolvidable y significativa para ambos, que décadas más tarde, hablando con la lengua de España en la ciudad de Nueva York, la ilustre Amelia Agostini de del Río se convertiría en la voz de la Academia Norteamericana de la Lengua Española para hacernos la exaltación del prócer de nuestro idioma. Si todos los hijos del mundo hispánico le debieron mucho, los de mi tierra le debemos acaso más. Porque nos estudió en nuestra entraña más reveladora: el español en Puerto Rico.

Ya establecido en Madrid donde comencé a formar mi hogar con quien el 28 de este noviembre cumplirá tres años de muerte, nos honró don Tomás viniendo a nuestro apartamento a compartir el pan. Y nos traía un ejemplar de aquellos Clásicos castellanos de "La Lectura", donde todos aprendimos tanto, editado por él.

Todavía después, cuando desde el Centro de Estudios Históricos se recomendaba al rector de la Universidad de Puerto Rico a quien debía ser catedrático-visitante del Departamento de Estudios Hispánicos, don Tomás unió su firma a la del también sabio don Ramón Menéndez Pidal. Y así fui a enseñar a mi propia tierra, sucediendo a Gabriela Mistral y a una pléyade de insignes maestros. Entre ellos estuvo Angel del Río.

Como si nada hubiera dicho para justificar a plenitud esta comunicación, añadiré que hace sólo unas semanas concurrí en Madrid a la reunión de los miembros de la Real Academia Española en la que su Director y también querido amigo, Dámaso Alonso, daría cuenta oficial del fallecimiento de don Tomás. En aquella breve reunión el poeta de **Hijos de la ira** e investigador de **La Epístola Moral a Fabio**, de **Andrés Fernández de Andrada**, hizo

una revelación que debe recoger la historia de la cultura hispánica.

A saber: que reiteradamente, durante los años de la post guerra civil, fue presionado por el Gobierno para que eliminara de la Academia el nombre de don Tomás Navarro; y siempre se negó a ello. Y aunque Dámaso Alonso lo dijo con voz de seda—como de quien no ha menester del grito para que prevalezca su indiscutible autoridad—en ella vibraba el acero del carácter bien templado.

Ya saben mis colegas de la Academia Norteamericana de la Lengua Española como—por mi admiración intelectual, por mi gratitud personal y por el sentido de la justicia con que trato de guiarme siempre—no debía faltar, con mis respetos para la también ilustre doña Joaquina Navarro, este testimonio.